



El Rosario – la oración predilecta de María

“Este es mi testamento y mi herencia: ‘Amad y haced amar a la Virgen; rezado y haced rezar el Rosario’.”

–San Pío de Pietrelcina

Beneficios del Rosario

- Nos eleva gradualmente al perfecto conocimiento de Jesucristo.
- Purifica nuestras almas del pecado
- Nos permite vencer a nuestros enemigos.
- Nos facilita la práctica de las virtudes.
- Nos abraza en amor de Jesucristo.
- Nos enriquece con gracias y méritos.
- Nos proporciona con qué pagar todas nuestras deudas con Dios y con los hombres y, finalmente, nos consigue de Dios toda clase de gracias.

(El Secreto Admirable del Smo. Rosario)

Ave María...

"El cielo se regocija y la tierra se asombra, cuando digo: Ave María. Satanás huye, el infierno tiembla, cuando digo: Ave María. El mundo se vuelve despreciable, la carne repugnante, cuando digo: Ave María. Desaparece la tristeza y vuelve la alegría, cuando digo: Salve María. Se disipa la tibieza y el corazón se inflama de amor, cuando digo: Salve María. Aumenta la devoción, nace la compunción, se acrecienta la esperanza, se intensifica el consuelo, cuando digo: Salve María. El ánimo se renueva y se refuerza el empeño en el bien, cuando digo: Ave María".

(De la Imitación de María, §6)

La Batalla de Lepanto y el Santo Rosario (1571)

La más grande de todas las victorias del Rosario fue la batalla de Lepanto. Los musulmanes, en la cima de su poder naval en el Mediterráneo, amenazaron con invadir la Europa cristiana. En este punto, el Papa Pío V conformó una liga contra ellos. La flota cristiana, integrada por Venecia, Génova y España era comandada por Don Juan de Austria.

El 17 de Septiembre de 1571, el Papa Pío mandó el rezo del Rosario en toda la Cristiandad para obtener el éxito de la armada cristiana. Ordenó a todas las Iglesias la Devoción de las 40 Horas, con procesiones públicas y el rezo del Rosario. El 7 de Octubre, él mismo pasó la noche entera en oración.

Antes de iniciar el ataque en Lepanto, los soldados cristianos rezaron devotamente el Rosario, mientras el Delegado Papal les impartió la Bendición Apostólica. Durante tres horas los setenta y cinco mil hombres, todos los cuales habían recibido la Sagrada Comunión esa mañana, continuaron rezando el Rosario. Después, en cada uno de los barcos, un capellán concedió la absolución general por última vez.

Comenzó el ataque. El viento, que había estado en contra para los cristianos, de pronto cambió. La batalla duró hasta casi pasada la tarde, cuando los turcos abrieron el camino. La victoria fue un duro golpe para el poder naval del enemigo, un golpe del que nunca se recuperaron los musulmanes y puso fin a su amenaza en el Mar Mediterráneo.

Don Juan, siendo el rintero, adjudicó el triunfo de su flota a la poderosa intercesión de la Reina del Rosario. El Senado de Venecia escribió a los demás estados que habían tomado parte en la Cruzada: " No fueron los generales, ni los batallones, ni las armas lo que nos trajo la victoria. Fue Nuestra Señora del Santísimo Rosario."

A fin de perpetuar la memoria de esta manifestación pública del poder de la Santísima Virgen María, el Papa Pío V estableció la Fiesta de Nuestra Señora de las Victorias, a celebrarse anualmente el día 7 de Octubre. El nombre de la fiesta se cambió más tarde a Nuestra Señora del Santísimo Rosario.

“Así pues, todo el que oiga estas palabras mías y las ponga en práctica, será como el hombre prudente que edificó su casa sobre roca...” (Mateo 7,24)